

HERNAN ROSENKRANZ y BENNY POLLACK

ESTRATEGIAS POLÍTICAS DIVERGENTES,
MOVILIZACIÓN CONVERGENTE
Y SECTORES MEDIOS:
LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA
EN CHILE, 1963-1973

Sobretiro de *Foro Internacional*, vol. XVII, no. 2

El Colegio de México, 1976

BIBLIC
1973
América Latina

ESTRATEGIAS POLÍTICAS DIVERGENTES, MOVILIZACIÓN CONVERGENTE Y SECTORES MEDIOS: LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN CHILE, 1963-1973

HERNAN ROSENKRANZ Y BENNY POLLACK

INTRODUCCIÓN

EL OBJETO de este trabajo es intentar una presentación analítica del conjunto de estrategias políticas que se formularon en Chile desde 1964, con la puesta en escena del proyecto demócrata-cristiano (DC), fundado en concepciones neocapitalistas avanzadas de reformismo social hasta el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, que sepultó no sólo la "vía chilena al socialismo" sino también las formas democrático-liberales que durante más de una centuria habían caracterizado al sistema chileno. El periodo, que cubre casi una década, fue testigo de la espectacular "revolución de las expectativas" y de un vasto proyecto de movilización política, que constituían páginas inéditas en la historia del país. Pese a las evidentes discrepancias que existen entre el proyecto DC y el modelo instrumentalizado por la Unidad Popular (UP), un hilo de interna continuidad liga ambas estrategias y las hace comprensibles una en función de la otra. Es así como se argumentará en este trabajo que el golpe de estado de 1973 constituyó no sólo una reacción contra el "gobierno marxista" de Salvador Allende sino sobre todo una reacción contra un proceso más amplio iniciado en los sesenta¹ y caracterizado por la participación ampliada de nuevos sectores en los canales de la democracia representativa y la difusión de diversas "ideologías desarrollistas-industrializantes".² Sostendremos, además, que el golpe que derribó al Presidente Allende enfrentó a una izquierda desprovista de un modelo táctico y estratégico definido, luego que el modelo inicial, que razonablemente reclamó la oportunidad de ser instrumentali-

¹ Personeros de las Fuerzas Armadas chilenas han expresado reiteradamente que los "vicios" de la democracia chilena, que culminaron en el gobierno "marxista" de Allende, tuvieron su génesis en las actitudes "demagógicas" de la DC.

² Hemos empleado la tipología diseñada por Gino Germani y Kalman Silvert en "Estructura Social e Intervención Militar en América Latina", publicado en *Argentina, Sociedad de Masas*, editado por Torcuato S. Di Tella y otros, Edit. Eudeba, Buenos Aires, 1966.

zado, fue de hecho destrozado por las divisiones internas de la propia izquierda, facilitando la ofensiva unificada de la derecha y el imperialismo. La dramática paradoja radica en que las transformaciones políticas de los 60 reflejaban, según ha indicado Aníbal Quijano, el desplazamiento que tenía lugar en el eje de acumulación de capital desde un imperialismo "tradicional", especificado por el control que la burguesía norteamericana ejercía sobre la producción y el mercado internacional de los recursos agro-extractivos de los países latinoamericanos, hacia un imperialismo "moderno" fundado en la dominación del sector industrial urbano de la economía latinoamericana.³

En 1964, el triunfo de la DC reveló que una coalición política como el FRAP (frente de izquierda), que expresara única y exclusivamente las aspiraciones e intereses de las fuerzas sociales proletarias, no estaba en Chile en condiciones de aglutinar suficiente apoyo como para elegir un presidente. Esta concepción, persistentemente sostenida por el Partido Comunista (PC) chileno prácticamente desde su fundación, fue gráficamente explicada por Luis Corvalán, Secretario General, en el informe al Pleno de abril de 1969: "Prácticamente, el año 1964 le ofrecimos al país un gobierno socialista-comunista. Todo lo que se ha dicho en el sentido de que perdimos la elección de aquel año por la campaña de mistificaciones del enemigo es una explicación parcial que no apunta al fondo del problema. Del enemigo debemos esperar lo peor. La verdad es que el país no estaba entonces en condiciones de darnos un respaldo mayoritario para que comunistas y socialistas, solos, dirigiéramos sus destinos. Nosotros estimamos que esta situación no se ha modificado suficientemente y, por lo tanto, debemos propender a un movimiento popular y a un gobierno de una más amplia base social y política".⁴

El Partido Socialista (PS) chileno, por su parte, había permanecido féreamente adherido a su tesis del *Frente de Trabajadores*, aun cuando en diversas épocas tal posición adoptara nombres diversos. En el fondo subyacía el planteamiento original que adquiriera su más acabada forma bajo la Secretaría General de Raúl Ampuero, en los años de la década del 50 y primeros del 60, y que postulaba una dirección política exclusivamente obrera del movimiento popular. En oposición a las tesis comunistas, que pregonaban una dirección social amplia del movimiento de izquierda, la tesis socialista anteponía una inflexible dirección proletaria, a la que en todo caso podrían sumarse otros sectores sociales afines.

³ Aníbal Quijano, *Nacionalismo, Neoimperialismo y Militarismo en el Perú*, Ediciones Periferia, S. R. L., Buenos Aires, 1971.

⁴ Luis Corvalán, *Informe al Pleno*, Austral, Chile, abril, 1969.

La primera diferencia entre comunistas y socialistas no radicaba en el problema del apoyo electoral y político al movimiento popular sino en la cuestión de su dirección. La segunda era la forma adecuada de incorporar al movimiento popular a los controvertidos sectores "medios".⁵

Tal como observa Luis Ratinoff, el dinamismo de los sectores medios dependió casi enteramente de las diversas políticas que impulsaba la acción del Estado.⁶ Los procesos de modernización, las sucesivas expansiones de las instituciones públicas y las unidades de producción, el mejoramiento de las condiciones de vida, el crecimiento del mercado y de las oportunidades, que tan profundamente dependían de las prácticas gubernamentales, afectaban de raíz las posibilidades de crecimiento y de movilidad social de las capas medias. De acuerdo al autor mencionado, el proceso de crecimiento de dichas capas atravesó por dos fases: un primer momento de ascenso, en que adoptaron un "doctrinarismo" vagamente social u obrerista, predicaron políticas e ideologías de carácter "intervencionista" e "industrialista", se apoyaron en las masas obreras, y lograron así promover su propia expansión, accediendo a la dirección de las actividades comerciales, financieras e industriales. En Chile, esta etapa corresponde al periodo del Frente Popular inaugurado en 1939 y a la puesta en práctica de ambiciosas políticas industrializadoras emprendidas por el gobierno con ayuda de corporaciones estatales, así como a la ampliación de las estructuras educacionales del país. En un segundo momento, sin embargo, se embarcan en el compromiso con las élites tradicionales, pierden su tónica revolucionaria y se encuentran política, social y económicamente comprometidas a mantener el orden existente. Así se explican las oscilaciones y la creciente polarización hacia la derecha que experimentaron los partidos "tradicionales"

⁵ Para una adecuada comprensión del rol político de los sectores medios, ver: James Petras, *Politics and Social Forces in Chilean Development*, University of California Press, Berkeley, 1969; Enzo Faletto, Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman, *Génesis Histórica del Proceso Político Chileno*, Editora Nacional Quimantú, Chile, 1972; Marcos Kaplan, *Formación del Estado Nacional en América Latina*, Edit. Universitaria, Chile, 1969; Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina, Siglo XXI*, México, 1969; Hugo Fruhling, *La clase media en Chile*, tesis universitaria inédita, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 1973. Por razones metodológicas, entendemos por sectores (capas, clases) "medios" los siguientes grupos sociales: funcionarios públicos, empleados particulares, profesionales y técnicos, artesanos, pequeños y medianos comerciantes, industriales y agricultores, principalmente. Dicho concepto abarca, pues, un conjunto heterogéneo de grupos, pero todos están en estrecha dependencia de los procesos de urbanización y de las prácticas gubernamentales.

⁶ Nuestra discusión de las clases medias se basa en el texto de Luis Ratinoff: "Los nuevos grupos urbanos: las clases medias", en *Elites y Desarrollo en América Latina*, editado por S. M. Lipset y A. E. Solari, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1967.

de clase media: el Partido Radical (PR), principalmente, y el Partido Agrario Laborista. Pero la promoción de los sectores medios se hizo sin recurrir a formas modernas de coordinación social. El mecanismo para mejorar y mantener el estatus de clase media fue el *patronazgo*. El PR, convertido en un partido de orientación prebendaria, era, hacia los 60, un mero partido de funcionarios públicos. Las nuevas dotaciones de las clases medias, excluidas de las formas tradicionales de promoción y movilizadas por el descontento debido al estancamiento económico, se desplazaron hacia un nuevo movimiento político que irrumpía con gran dinamismo en la escena chilena: la DC, que presentaba nuevas posiciones reformistas y había creado la estructura típica de los partidos de masas.⁷

El apoyo electoral de la izquierda, en las elecciones presidenciales de 1964, provino fundamentalmente del proletariado industrial y de importantes sectores del campesinado, además de algunas fracciones de la clase media radicalizada que, en términos numéricos, no fueron realmente significativas. La izquierda había sido incapaz de cooptar en forma masiva a los sectores medios.⁸ Por otra parte, el agotamiento del proceso de industrialización, fundado en la sustitución de importaciones, y las constantes crisis del sistema exportador, condujeron a que los partidos tradicionales —como el Radical, el Conservador y el Liberal—, desprovistos de definiciones ideológicas actualizadas y de una adecuada estructura nacional, prácticamente desaparecieran de la escena político-electoral.

Así, pues, la DC supo ganarse los votos de grupos sociales muy heterogéneos: las clases dominantes tradicionales, que no tuvieron otra alternativa; las capas medias; algunos sectores del proletariado industrial y semi-industrial; y, por fin, los sectores marginales urbanos, que habían constituido antes una reserva de apoyo fundamental para los partidos de derecha.⁹

⁷ Para una comprensión teórica de la dicotomía “partido de masas-partido de cuadros”, y problemas relacionados, ver: Cliff y otros, *Party and Class*, Pluto Press, London, 1970; y Maurice Duverger, *Political Parties*, Methuen and Co. Ltd., London, 1967.

⁸ Sobre este punto, ver James Petras, *op. cit.*

⁹ Con el concepto de “sectores marginales urbanos” nos referimos a aquellos sectores de la mano de obra que han perdido en forma permanente, y no meramente transitoria, la posibilidad de convertirse en obreros con ocupación asalariada relativamente estable. La izquierda mostró gran incompreensión del papel de estos sectores, asimilándolos ya al “lumpenproletariado” o al “ejército industrial de reserva”. Ver: José Nun, “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”; Miguel Murmis, “Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo”; Ernesto Laclau (h.), “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente: aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. v, No. 2, julio, 1969. También: Aníbal Quijano, “The marginal pole of the economy and the marginalised labour force”, en *Economy and Society*, vol. 3, 1974.

LOS PROYECTOS POLÍTICOS DE LA IZQUIERDA Y DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN 1964

El proyecto demócrata-cristiano parecía representar una “alternativa al marxismo”, con un conjunto de proposiciones modernizantes y participatorias que constituían un poderoso aglutinante social de la fluida fibra política chilena, en los mismos instantes en que el fermento revolucionario proveniente de Cuba (Fidel Castro había derrocado a Batista en 1959) adquiría una consistencia ideológica que era capaz de proyectar ese proceso hacia el exterior.

El gobierno de la DC, desde 1964 hasta 1970, ofrece un ejemplo interesante de las limitaciones que enfrenta el reformismo social en el marco de concepciones neocapitalistas avanzadas. La DC intentó producir una alianza de clases que fuera capaz de proveer el necesario consenso para lograr un conjunto de reformas modernizantes que, bajo el atrayente barniz de formas de participación popular no practicadas en Chile hasta entonces, posibilitara la construcción de un nuevo sistema de relaciones sociales y políticas. Sin embargo, el “nuevo Estado” no pasaría de ser una mera refacción del viejo aparato burgués.

La ideología DC reflejaba las orientaciones de la encíclica papal “Quadragesimo Anno”, cuyo contenido social conmovió notoriamente al conservador edicio católico de los 30. Formulada en 1931, la encíclica pasó a constituirse en la base ideológica central desde la que partió la construcción del cuerpo de ideas que más tarde darían nacimiento a la Falange Nacional, primero, y a la DC, después.

La percepción del proceso de transformación social como la búsqueda de una especie de “armonía consensual” parece ser el meollo de la ideología demócrata-cristiana. Esta posición involucra, se diga o no, el anhelo de lograr un entendimiento capital-trabajo, lo que de hecho significa, como acertadamente señala Norberto Lechner, la implantación de una utopía mistificadora que camufla el conflicto de clases, fingiendo una armonía de intereses.¹⁰ Así, en lugar de transformar la estructura de dominación según los intereses de la clase oprimida, se reconcilia el antagonismo bajo el signo de la supuesta “cooperación social”.

Mientras el lenguaje populista de la DC parecía presagiar la intención de efectuar importantes cambios de estructuras, el programa concreto de acción no iba más allá de un conjunto de medidas, como se ha dicho, modernizantes, neocapitalistas y participatorias que, sin embargo, represen-

¹⁰ Norberto Lechner, *La Democracia en Chile*, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970, pp. 117 y 118.

taban anhelos de importantes sectores de la sociedad chilena. El programa básico adquirió cierta forma cuando el entonces Presidente Frei envió su primer mensaje al Congreso Nacional en 1965, cubriendo los siguientes aspectos:

—Participación popular: extensión del movimiento cooperativista; implantación de formas participatorias en los barrios (Juntas de Vecinos, Centros de Madres); consulta a los sindicatos; apoyo a las organizaciones poblacionales, etcétera.

—Desarrollo: industrialización, reducción de la inflación, redistribución de ingresos a través de una reforma tributaria; reforma agraria; reforma educacional.

—“Chilenización” del cobre (el principal producto de exportación nacional y, según Frei, la “viga maestra” de la economía), expresión que aludía al hecho de que el Estado se convertía en el socio principal de las empresas explotadoras de los yacimientos cupríferos, hasta entonces en manos de compañías americanas.

Cuando un año después de su ascensión a la presidencia, Frei fue apoyado por el electorado de modo categórico, dándole la mayoría absoluta (y por lo tanto, el control) de ambas ramas del Parlamento chileno —y por primera vez en la historia del país a un solo partido político—, la DC tuvo en sus manos la oportunidad de poner en práctica lo que había prometido.

En 1964, cuando la DC asumió el gobierno, la situación social, política y financiera de Chile era particularmente crítica. El fracaso rotundo de la derecha tradicional, personificada en la administración Alessandri, que intentó sin lograrlo revitalizar la actividad económica del país a través de la implantación de medidas de corte liberal-manchesteriano (en un intento vano de disminuir la tendencia capitalista de Estado impresa por los gobiernos radicales entre 1938 y 1952 y, hasta cierto punto, continuada por Ibáñez en 1952-1958), empujó al electorado, masivamente, a optar por dos grandes alternativas reformistas y/o modernizantes: la izquierda y la Democracia Cristiana. La derecha tradicional, consciente de su debilidad, optó casi a último minuto apoyar al “menos malo” de los dos candidatos, luego de intentar revivir una coalición conservadora que cooptara a los indecisos sectores medios, mediante la candidatura de Julio Durán. La difusión masiva de la idea de *revolución* empleada (aunque en contextos diversos) por ambas estrategias reformistas no podía tener otro efecto más que contribuir a crear aspiraciones de gran nivel ideológico en las masas. La semilla de las aspiraciones participatorias quedaba inserta en tierra fecunda.

¿Qué resultados arrojó la gestión DC? Aun analizada con estándares ra-

zonablemente reformistas, la Reforma Agraria no estuvo a la altura de las expectativas creadas por el aparato publicitario del gobierno. Frei prometió entregar tierras a cien mil familias, pero sólo lo hizo a menos de veinticinco mil. La producción agrícola, medida en términos absolutamente conservadores, no aumentó en la medida que se esperaba de una reforma que continuamente pusiera énfasis en los aspectos de eficiencia (un pobre 2.8% anual entre 1964 y 1970).

La “chilenización” del cobre, por otro lado, que permitió al gobierno establecer un sistema de propiedad mixta con las compañías norteamericanas, significó el desembolso de varios cientos de millones de dólares, sin considerar las enormes sumas retiradas del país por concepto de utilidades no reinvertidas.

En lo que se refiere a las formas de participación popular, la DC hizo, a nuestro juicio, su mayor contribución al proceso político chileno. Al dar impulso a las organizaciones de base (centros de madres, juntas de vecinos, organismos campesinos cooperativos, etcétera), permitió el desarrollo de nuevas formas de articulación de los intereses de las masas. Aunque difusos al comienzo, estos organismos proliferaron con el tiempo, abarcando cada vez un espectro mayor y adquiriendo más atribuciones. La receptividad graduada (según cada sector) de los partidos de izquierda a estas nuevas formas, permitió que los organismos crecieran y se fortificaran progresivamente. Así se posibilitó la evolución que plasmaría en la existencia de combativas organizaciones de lucha al nivel de las masas (cordones industriales, comandos campesinos, comandos comunales, etcétera), en las que encontraría su mayor reserva de apoyo el gobierno de la Unidad Popular.

¿Qué le ocurrió al gobierno demócrata-cristiano que con un considerable apoyo social y un programa de reformas razonablemente progresistas no fue capaz de transformar la estructura “oligárquica” de la sociedad chilena?

En primer término, está la cuestión de las contradicciones internas de la DC. Es indiscutible que el partido exhibía una conformación heterogénea de fuerzas sociales. Vimos que junto a importantes sectores populares (obreros industriales, campesinos, grupos marginales) coexistían dentro de la DC significativos grupos empresariales, vinculados a la construcción, al capital financiero y a las nuevas formas de penetración imperialista. De mentalidad moderna, influidos por los criterios tecnológicos norteamericanos, pretendidamente en favor de la eficiencia y en este sentido “apolíticos”, dichos sectores adquirieron suficiente influencia sobre la burocracia del partido como para transformar la idea de “Revolución

en Libertad” en el manejo de la libertad para impedir la Revolución.

Siendo un partido pluriclasista, fue presa de la diversidad de intereses objetivos de clase representados en su militancia y en su liderazgo. Sus sectores conservadores —no en el sentido tradicional, por lo que paradójicamente podrían ser denominados “conservadores-progresistas”— morigeraron el contenido y la intensidad de los cambios, maniobrando para producir un conjunto de medidas reformistas que, en lo fundamental, dejaron sin tocar la estructura de dominación.

Si internamente las contradicciones de la DC fueron decisivas, sus conexiones con el imperialismo no fueron menos importantes. ¿Cómo propiciar el reemplazo del estado capitalista por uno “no-capitalista”, si al mismo tiempo se estrechaban las relaciones económico-financieras con los organismos de ayuda norteamericanos, cuyos préstamos “amarrados” son bien conocidos? ¿Cómo conciliar una revolución “comunitaria” con la Alianza para el Progreso, cuya evidente meta era afianzar un capitalismo “moderno”?

El modelo demócrata-cristiano fracasó en Chile como alternativa de cambio porque sus contradicciones eran de tal envergadura que nunca pudo articular un consenso mínimo que le permitiera utilizar el inmenso poder acumulado. Como señala María Francisca Ize M., las reformas promovidas por la gestión demócrata-cristiana despertaron el descontento de muy distintos sectores: de los obreros, por el control de salarios; de las clases medias, por los impuestos más altos; de los terratenientes, por la Reforma Agraria; de los empresarios, por las concesiones condicionadas.¹¹

La práctica concreta exigía, pues, de los niveles más avanzados del partido la revisión del aparato ideológico con miras a alcanzar etapas aun más modernizantes que las que tipificaban a la DC como un partido meramente neocapitalista, reformista y participatorio-populista. Estos esfuerzos, nacidos de la presión de los sectores bajos, llegaron a adquirir en determinados momentos un carácter casi revolucionario, si bien la fraseología empleada no ocultaba las adheridas influencias del pensamiento social-católico. Bosco Parra, entonces un diputado del ala izquierda de la DC, llegó a proponer un modelo para establecer una nueva sociedad a través de los siguientes pasos que destacó como imprescindibles:

- Reformas Agraria y Constitucional.
- Coexistencia de empresas comunitarias y capitalistas.
- República de trabajadores. La propiedad dominante es la social y la dirección política corresponde al proletariado.

¹¹ María Francisca Ize M., “La Democracia Cristiana en Chile”, en *Foro Internacional*, vol. x, No. 2, octubre-diciembre, 1969, El Colegio de México.

—Sociedad comunitaria.¹²

En 1967, el ala progresista de la DC presentó un plan detallado de trabajo titulado “Proposiciones para una acción política 1967-1970, de una vía no capitalista de desarrollo”, en el que se ponía énfasis en la necesidad de nacionalizar las industrias de carbón, salitre, acero y electricidad; establecer agencias estatales comerciales; fijar el estatuto del sector privado y la inversión extranjera; rectificar la política laboral e incrementar la participación de los obreros en la gestión de las empresas estatales; democratizar el poder mediante la instauración masiva de juntas de vecinos, federaciones provinciales y organizaciones campesinas; y, por último, acelerar a fondo la Reforma Agraria. A mediados de año, lograron incluso derrocar el liderazgo oficialista y ocupar la mesa directiva. Pero fue inútil. A mediados de 1969, ante el nuevo triunfo del sector oficialista en la mesa directiva, una parte del sector progresista de la DC abandonó el partido para constituir el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que más tarde integraría el frente de Unidad Popular.¹³

En 1964, el proyecto DC enfrentó lo que podría llamarse el difícil “consenso” de la izquierda. No podríamos hablar con propiedad de un solo proyecto; el Frente de Acción Popular (FRAP) constituyó una alianza política que básicamente unificó a los dos grandes partidos obreros de Chile en torno a un programa básico. Al convenir en un conjunto de proposiciones mínimas, socialistas y comunistas no estaban reeditando en forma remozada los Frentes Populares que se estructuraron en Francia, España y Chile en la década de los 30, y que representaban una alianza pluriclasista de sectores medios y proletarios. En 1964, el FRAP conformó un frente exclusivista de clase, que no incluyó los sectores que de una u otra forma expresaban entonces los intereses de las capas medias. El Partido Radical sostuvo hasta el final al candidato Julio Durán, pero un importante segmento del apoyo flotante de ese partido (principalmente los pequeños y medianos agricultores, comerciantes y artesanos) se volcaron a la candidatura de Frei, que ya había recibido el apoyo “sin condiciones” de la derecha (los Partidos Liberal y Conservador, después aglutinados en el Partido Nacional).

La izquierda presentó varios “modelos de oposición” al gobierno DC. La postura del PS se basó en el rechazo proverbial de la inevitabilidad de una fase “democrático-burguesa” de la Revolución. Este partido negó siempre a la burguesía nacional un carácter presumiblemente progresista. Así,

¹² Citado por Norberto Lechner, *op. cit.*, p. 120.

¹³ María Francisca Ize M., *op. cit.* Este texto representa un logrado esfuerzo de análisis de la experiencia demócrata-cristiana.

el desarrollo de una modernizante burguesía empresarial vinculada a las actividades de la construcción y la industria moderna, permitió a los socialistas visualizar agudamente el proceso de identificación que emergía entre estos sectores y la DC. Mientras la derecha tradicional se parapetaba detrás de sus obsoletos partidos, los sectores modernizantes, con su capitalismo remozado, escogieron con astucia copar importantes posiciones en el liderazgo DC que le permitieran morigerar sus acciones reformistas. La oposición del PS a la administración Frei fue, pues, categórica.

Ello no impidió que en 1965 un grupo de la Universidad de Concepción se marginara del PS para fundar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que encabezó una oposición aún más virulenta, realizando algunas acciones armadas. El MIR, que fue ganando cierto apoyo en los sectores populares, repudió lo que estimaba el “reformismo economicista” de la izquierda “oficial” y las formas democrático-liberales de participación política en que estaba envuelta.

La oposición comunista fue el modelo más moderado. Aferrados a su concepción de una revolución “nacional-popular” como preliminar a la revolución socialista, los comunistas nunca desestimaron la posibilidad de un entendimiento con la DC encaminado a ampliar la base social para una estrategia de cambios. Intentaron sin éxito constituir para 1970 una amplia coalición que incluyera al PR y a la DC. La idea, a la que fue también proclive el candidato demócrata-cristiano Radomiro Tomic, no pudo cristalizar por el rechazo cerrado que formularon tanto el PS como los sectores más conservadores de la DC.

La revolución de las expectativas

La “revolución de las clases medias”, propugnada por la DC, había logrado movilizar políticamente a vastos sectores populares que constituían hasta entonces las fantasmales “mayorías silenciosas” sabiamente manipuladas en cada certamen electoral por los políticos tradicionales.

La DC, que pretendía gobernar 30 años al menos, comprendió que si quería constituirse en una alternativa política permanente, debía oponer a la desmovilización y al patronaje electoral sobre los que la derecha oligárquica apostaba su fortuna, la movilización de los campesinos, de los sectores medios y de los sectores urbanos marginales. Al poner en marcha este proyecto movilizador, la DC había mostrado audacia e imaginación. La izquierda chilena, adherida a rígidas interpretaciones ortodoxas, se había limitado por lo general a apelar a los obreros industriales, sin comprender el papel que los campesinos y los sectores urbanos restantes debían necesariamente jugar en cualquier estrategia realista que se propusiese

desplazar a la vieja oligarquía de los centros de poder. Tampoco la izquierda había elaborado otras formas de organización política que no fueran las tradicionales —partidos políticos, sindicatos; esto, por lo demás, era sólo una consecuencia de la miopía que le impedía percibir el rol de otras capas sociales.

La DC, no comprometida con recetas políticas más o menos ortodoxas, mostró, en cambio, estar dotada de un gran virtuosismo pragmático. Centros de Madres, Juntas de Vecinos, Centros de Padres y Apoderados, en fin, formas inéditas de organización social y política fueron inyectadas en el seno de los sectores urbanos que hasta entonces no habían tenido oportunidad de participar en la vida política del país. Adecuadas reformas a la Ley Electoral (voto a los analfabetos, reducción de la edad mínima para votar) debían asegurar que estos nuevos sectores movilizados constituyeran en adelante un efectivo factor de poder. En el campo se impulsó la Reforma Agraria y los campesinos fueron sindicalizados. Oficinas gubernamentales recientemente creadas bajo la estela del “entusiasmo desarrollista”, como la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), y la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN), se atiborraron de profesionales y técnicos “nuevos” (economistas, sociólogos, politólogos, planificadores, agrónomos) que hasta entonces parecían condenados a vivir furtivamente en los intersticios de la sociedad, desplazando a sectores de la burocracia tradicional y de clientela. Adecuadamente dotadas de autonomía financiera y funcional, estas oficinas desarrollistas se abocaron a tareas de agitación y movilización políticas con éxito singular, tanto en los sectores rurales como en los marginales urbanos.

Parte del aparato estatal tendía a convertirse en un mero apéndice del Partido demócrata-cristiano, a la vez que se sellaban lazos con las nuevas formas de organización política que se habían creado: un perfecto artificio circular de vasos comunicantes que abría a los demócrata-cristianos las puertas de la movilidad social y del prestigio, del poder y de la riqueza, todas a la vez, mientras que les eran negadas a los extraños, casi todas a la vez. Raramente se ha llamado la atención sobre esta faceta “totalista” del proyecto demócrata-cristiano sobre la cual estaban cifradas, empero, gran parte de sus posibilidades de éxito.¹⁴ Verdaderamente, la DC significaba un estilo nuevo en el sistema político chileno.

¹⁴ El “totalismo” parece ser un rasgo típico de los sistemas políticos modernos latinoamericanos. Inmovilismo (o desmovilización), movilización y totalismo: ésas son las secuelas del proceso, a juzgar por las experiencias de Argentina, Bolivia, Brasil y Chile. Las derechas tradicionales juegan las cartas del inmovilismo, pero una vez precipitada la movilización, deben recurrir al totalismo por el que determi-

La DC había prometido una revolución que resultó ser, no de las estructuras, sino de las aspiraciones. En la década de los 60, la palabreja preferida de los lenguajes metapolíticos era “revolución”. Todo el mundo revolucionaba, sobre todo en los cafés nocturnos de Santiago. La Revolución se había despegado de los contextos anarquistas o marxistas para convertirse en una noción gaseosa y flotante del lenguaje populista. La DC también tenía su revolución. Era la “revolución en libertad”, la “revolución de las clases medias”, la “revolución de las aspiraciones”. Todo se revolucionaba, menos las estructuras económicas. Una revolución de las aspiraciones significaba la implantación de una sociedad masiva de consumo industrial, la creación de un vasto mercado interno al que todos concurrirían como inteligentes consumidores de “clase media”. El tipo de clase media al que la DC apelaba era, pues, una categoría básicamente consumidora; la solidaridad marxista de clase, basada en la posesión o desposesión de los instrumentos de producción, era sustituida por la solidaridad “weberiana” de la “situación de clase”, fundada en las posibilidades de acceso al mercado. Es así como el Partido demócrata-cristiano, los Centros de Madres, las Juntas de Vecinos, los Asentamientos rurales, las Cooperativas, iniciaron una prolífera distribución de cocinas, máquinas de coser Singer y refrigeradores entre sus asociados, que así se elevaron al rango de “clase media”. (Las radios transistorizadas habían sido masivamente “democratizadas” en el gobierno anterior y no implicaron “movilidad de estatus”.)

La “revolución de las aspiraciones” era una revolución de los estilos de consumo; el objeto de la movilización era el mercado. Pero crear un mercado interno al que los sectores rurales y urbanos consurriesen como “inteligentes consumidores de clase media” exigía embarcarse en reformas

nados grupos institucionales o asociacionales afines a los sectores hegemónicos de la derecha (como las Fuerzas Armadas, el peronismo o la DC chilena) se apropiaron del Estado, los sindicatos, las Universidades, los clubes, los medios de comunicación de masas, los círculos académicos, en fin, todas las organizaciones susceptibles de ser utilizadas como medios articuladores y movilizados de oposición. De acuerdo con Gino Germani, la movilización es un proceso psicológico a través del cual grupos sumergidos en la “pasividad” correspondiente al patrón normativo tradicional (predominio de la acción prescriptiva a través del comportamiento de normas internalizadas), adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo, alcanzan niveles de aspiración distintos de los fijados por ese patrón preexistente, y consiguientemente, en el campo político, llegan a ejercer actividad. La movilización significa, pues, el pasaje de la acción prescriptiva a la acción electiva. G. Germani: *Política y Sociedad en una Época de Transición*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1965, p. 150. Para la historia de la movilización política en Chile, Atilio A. Boron, “Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile”, *Foro Internacional*, vol. XVI, No. 1, julio-septiembre, 1975.

que tenían que ser bastante extremas. En realidad, este proyecto político —inducido como estaba por conceptos cepaliano-desarrollistas, por la Alianza para el Progreso, e instrumentalizado por un equipo tecnocrático-planificador— reposaba en la confianza de que era posible un desarrollo acelerado —y “consensual”— del mercado interno, del proceso de industrialización y de la Reforma Agraria. Esta confianza era, ciertamente, infundada. En realidad, era inevitable que se produjera el “clash” de los intereses sectoriales —en el sentido en que Mamalakis emplea este concepto.¹⁵

Es, tal vez, inexacto aventurar la tesis “progresista” (y también endosada por los sectores derechistas del Brasil que escribieron el libro “Frei, el Kerenski chileno”) en el sentido de que el experimento DC desencadenó un proceso de movilización que sobrepasó los límites deseados. Más bien, la “revolución de las expectativas” naufragó en sus propios términos porque debió suponer una colisión de intereses sectoriales —un choque entre los sectores urbanos y rurales, entre el capitalismo industrial y el agrarismo latifundista, entre las burguesías nativas y las burguesías metropolitanas— que el proyecto demócrata-cristiano era incapaz de resolver en su favor.¹⁶

En suma, el proyecto demócrata-cristiano, que desencadenara un vasto movimiento de fermentación popular, había frustrado las aspiraciones luego de haberlas revolucionado. El Chile de clase media (la clase con que todos los chilenos habían aprendido a identificarse psicológicamente) probaba ser una nostálgica ilusión. La sociedad industrial de consumo no estaba abierta a todos, sino que escogía sabiamente a sus clientes (que al fin de cuentas eran los mismos de siempre). En lugar del *Chile-clase media-en el limbo*, resurgía la misma sociedad cerrada, oligárquica, dis-

¹⁵ Markos J. Mamalakis, “The Theory of Sectoral Clashes”, *Latin American Research Review*, vol. 4, No. 3, 1969.

¹⁶ En realidad, lo peculiar de la situación latinoamericana es que aun proyectos populistas, o ciertos proyectos “capitalistas”, son incompatibles con la actual estructura de poder y la organización del Estado. Así, pues, cuando las tesis “progresistas” sostienen que en Chile el Estado es una expresión de los “intereses capitalistas”, esta afirmación debe ser corregida en el sentido de que el Estado garantiza un cierto capitalismo, pero es incompatible con otros, v.gr., un capitalismo fundado sobre un proceso autosostenido de industrialización, no ligado a economías avanzadas, dirigido por el Estado, redistribuidor, concentrado en bienes de capital y modernizador de la estructura agraria. La implantación de semejante capitalismo implicaría tal choque de intereses sectoriales que toda la estructura de dominación amenazaría derrumbarse, desembocando en una revolución nacional-popular. De ahí que el Estado represente un compromiso de intereses sectoriales (sin perjuicio de que algunos aparezcan como hegemónicos) que impide el desarrollo de otros tipos de capitalismo.

continua. Reaparecía, más dolorosamente que antes, la vieja verdad: que en Chile (capitalista) no caben todos. Pasado el “boom” inicial, ni siquiera los tecnócratas del desarrollo encontraban ya lugar. Así, la situación al comenzar 1970 era esencialmente inestable.

Por una parte, vastos sectores antes marginados estaban ahora organizados, políticamente movilizados, y exhibían una agresividad insospechada. De otro lado, se sentían defraudados, pero empezaban a percibir que estaban en condiciones de participar en el proceso de decisiones políticas. Se abrían varias estrategias. Primero, la estrategia clásica de la derecha, que quería regresar a los cánones dorados de la “democracia restringida”, cancelando todo el proceso de movilización desencadenado por la DC. Segundo, la estrategia de la “democracia representativa con participación total”, que reconocía que la incorporación efectiva de los estratos marginales a la vida económica, cultural y política de la nación era un hecho irrevocable, y que la cuestión era ahora cómo sincronizar la “revolución de las aspiraciones” con la posibilidad económica y técnica de elevar el nivel de vida de la población. Esta segunda estrategia ofrecía dos variantes: de un lado, estaba el proyecto político de los sectores progresistas de la DC, personificados en Tomic, que se sentían frustrados con el giro que los acontecimientos habían tomado durante el gobierno de Frei y veían en el certamen electoral de 1970 una posibilidad de rectificación; y la estrategia de la UP, también arraigada en el experimento demócrata-cristiano, decidida a ahondar el proceso de movilización política y de democracia representativa con par-

¹⁷ Ciertas “tesis progresistas” oponen “vías pacíficas” (o “electorales”, o también, a veces, equivocadamente bajo el influjo de experiencias europeas, “parlamentarias”) a vías “no pacíficas” de conquistas del poder; o “vías legales” a “vías no legales”; o “vías armadas” a “vías no armadas”. De este modo, todo el complejo proceso político de conquista del poder sufre un proceso de reducción en el que se prestidigitan textos militantes, pero en el que se desestiman los análisis de los niveles concretos en que se desarrolla el conflicto de clases. De hecho, en Chile, los procesos de “ideologización”, movilización política y organización popular están íntimamente vinculados a las luchas electorales. Las campañas electorales de 1964 y de 1970 tienen una importancia crucial en el avance de la movilización política popular. El paso de la *democracia restringida* a la *democracia con participación total*, que organizó nuevos sectores participantes, es el antecedente inexcusable que permitió la ascensión de la lucha de masas después de 1970, como argumenta este trabajo. En Chile, pues, las luchas electorales no constituían meras “astucias del poder” que permitía así ser “contestado ritualmente” para consolidarse mejor, según la expresión de Georges Balandier, sino que fueron fases fundamentales de la lucha de clases, tanto en el nivel organizativo como en el de la conciencia. Por lo demás, la distinción entre lo “legal” y lo “ilegal” es un artificio de los grupos dominantes de poder que les procura ventajas de carácter ideológico, y que es ajeno a las tácticas y estrategias marxistas, como se desprende de la introducción de Marx a *La lucha de clases en Francia*.

ticipación total,¹⁷ y algunos de cuyos sectores preveían que quizás, en algún momento, fuera necesario pasar a una revolución de corte “nacional-popular”.

Es casi inútil hacer ahora “política-ficción” y preguntarse qué le reservaba el destino a la estrategia de la derecha clásica de haber obtenido Alessandri un triunfo electoral. Parece meridianamente claro que estaba condenada al fracaso, pero todavía no se había inventado en Chile la estrategia totalista de derecha que copa todas las formas de organización social. La “sabiduría convencional” arguye que en 1970 la derecha cometió el error de “ir dividida” con dos candidatos, Alessandri y Tomic. (Por ejemplo, la tesis “extremista” para la que la “vía electoral” es, por definición, no viable; la elección de Allende fue un “error de cálculo”.) Pero es dudoso que la derecha cometa errores de tan grueso calibre en materia de manipulación de elecciones. En 1970, la derecha estaba a la defensiva, apegada a estrategias obsoletas, incapaz de articular una ofensiva al día al desafío que representaba la movilización de los nuevos estratos urbanos y rurales.

En la noche del 3 de noviembre de 1970, cuando Allende asumió formalmente la presidencia, los periodistas extranjeros presenciaron un espectáculo colorido y sugerente. La vieja Alameda de las Delicias, el riñón de Santiago, estaba atestada de grupos que cantaban, bailaban, lanzaban agresivos slogans y transportaban antorchas. Las cámaras de televisión presentaban artistas y cantores populares, entrevistaban a la “gente de la calle”. Nunca antes había existido un sentimiento tan masivo de “comulgación nacional”. Pero, ¿sobre qué se comulgaba? Una fauna multifacética de sectores expresaba ante las cámaras de tv (que pertenecían a la tradicional, aristocrática y excluyente Universidad Católica de Santiago) su entusiasmo contagioso: pobladores, pensionistas, costureras, domésticas, artesanos, trabajadores industriales, estudiantes, artistas, sociólogos, pequeños tenderos, choferes de taxi, microbuseros, peluqueros, mozos de restorán, etc. Ese entusiasmo no era “ahistórico”, no estaba desvinculado de la “revolución de las expectativas”. (La actual Junta Militar chilena lo ha comprendido bien.) Se comulgaba, pues, pensando en el cielo del mercado industrial; después de todo, el *Chile-de clase media-en el limbo* iba a tener una segunda oportunidad.

EL DIFÍCIL CONSENSO DE LA UNIDAD POPULAR

Partidos políticos que habían seguido una trayectoria histórica distinta iban ahora a emprender juntos el fenómeno de la Unidad Popular.

El Partido Socialista de Chile, fundado el 19 de abril de 1933, había

absorbido todas las polémicas ideológicas que sacudieron a las izquierdas contemporáneas: fue sucesiva (y a veces paralelamente) trotskista, titoísta, pekinista, castrista. A pesar de su rígida postura oficial —el Frente de Trabajadores—, se incorporó en octubre de 1938 al Frente Popular y en 1952 al gobierno personalista de Carlos Ibáñez (aunque en ambos casos, por un breve periodo). De la eterna tentación populista que lo acechaba desde su nacimiento, conservaba la inclinación por los líderes carismáticos y una ideología difusa y emocional que, en los momentos culminantes, creaba un estado de entusiasmo colectivo. Su clientela era amplia: un sector de los obreros urbanos, intelectuales “tradicionales” (escritores, abogados, médicos), un sector rural y la baja clase media. Era, además, el recipiente indicado para recibir los sectores marginales urbanos que transitaban desde la DC hacia posiciones más extremas. Su inicial anticomunismo se había amainado, aunque nunca fue totalmente erradicado. Tal vez la clientela de este partido (más que de ningún otro) creyó el 4 de septiembre de 1970 que “la tortilla se iba a dar vuelta”.

El Partido Comunista de Chile fue fundado en 1924 por el ya legendario Luis Emilio Recabarren. Este partido, uno de los más fieles seguidores del frente populista impulsado por Moscú, apoyó activamente el establecimiento del Frente Popular en Chile, y desde 1958, al menos, predicó la inevitable necesidad de una política común con el PS. Su clientela se reclutaba entre la clase obrera urbana industrial.

A través de la llamada “polémica socialista-comunista”, ambos partidos lograron establecer un consenso que permitió construir la coalición FRAP y lanzar en 1964, y luego en 1970, la candidatura presidencial de Salvador Allende.¹⁸ El punto de partida de la polémica fue el papel del PC de la Unión Soviética. Los socialistas no le atribuían un papel protagónico respecto del movimiento revolucionario mundial. Los comunistas reconocían la necesidad de una vía propia al socialismo en Chile, pero conferían al PCUS el carácter de vanguardia de la lucha antiimperialista. La política mundial de bloques constituyó el segundo gran tema de la polémica. Aquella era rechazada por los socialistas, que sostenían una versión parecida a la tesis china de división del mundo en países “desarrollados” y países “subdesarrollados”, y no en países “socialistas” y países “capitalistas”. Por fin, el tercer asunto relevante se refería a las vías de acceso al gobierno y al poder. El PC desarrolló la tesis de la “vía pacífica” al gobierno. En 1962, el entonces Secretario General del PS Raúl Ampuero calificó tal tesis de “factor de confusión”, pero dos años después el Congreso socialista realizado en Concepción reconoció que “enfrentamos las eleccio-

¹⁸ PS de Chile, *La Polémica Socialista-Comunista*, PLA, Santiago, 1962.

nes, pues, porque existen condiciones favorables para ganarlas y porque ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la Revolución chilena. Además, porque *objetivamente no existe otra opción*”.¹⁹

La derrota electoral de 1964 provocó nuevas dudas en los socialistas, y en 1966 denunciaron que “en Chile, la política colaboracionista practicada extensamente por los partidos obreros, después de dos décadas de fracasos permanentes, aparece agotada”.²⁰ Pero en los hechos, los socialistas jamás dejaron de lado el arma de la participación electoral y tampoco rechazaron los frentes amplios con participación formal de la pequeña y aun de la mediana burguesía. El Congreso de Chillan en 1967, sin embargo, definió aún más el PS como partido “a la izquierda” del PC al establecer la casi inevitabilidad de la “lucha armada” para acceder al poder en Chile.

El Partido Radical, al que ya nos hemos referido, fue fundado en 1861. Blanksten lo ha definido como un partido “tradicional” y “pragmático”.²¹ En efecto, su ideología fue haciéndose más difusa y elástica a medida que los viejos puntos programáticos en que se fundamentó —reforma constitucional, control estatal de la educación, administración descentralizada, sufragio universal, anticlericalismo— perdieron vigencia histórica. Su clientela estaba constituida, en general, por los sectores bajos y medianos de la clase media tradicional (el profesorado secundario, comerciantes al menudeo, la burocracia tradicional, médicos, abogados), algunos sectores de importantes cargos públicos o semipúblicos donde los vínculos de patronaje todavía conservan su fuerza (jueces, notarios), y algunos sectores de la burguesía periférica enriquecida con la especulación inmobiliaria y las compañías de seguros. Hay que agregar, además, a sectores inmigrantes (españoles, italianos, árabes, judíos) que se dedicaron al pequeño comercio o industria —y algunos prosperaron—, atraídos, tal vez, por el espíritu de tolerancia étnica del PR. Ya dijimos que este Partido había cumplido la función de promover los intereses de las clases medias en su periodo de ascenso. Con el tiempo, se transformó en una maquinaria electoral envuelta en compromisos oportunistas con la derecha tradicional, llegando en una oportunidad a proscribir al PC luego de alcanzar el poder con su apoyo. A la postre, los intereses que representó se desarticulaban, yendo a gravitar en torno de aquellos que emergían como hegemónicos en el campo respectivo: por ejemplo, los sectores de la burguesía periférica y el mediano comercio se inclinaron hacia la derecha tradicional, mientras que los sec-

¹⁹ Revista *Arauco*, No. 79, agosto 1966, p. 23, Santiago. El subrayado es nuestro.

²⁰ Revista *Arauco*, *op. cit.*, p. 18.

²¹ Blanksten, George I., “Political Groups in Latin America”, en *Political Change in Underdeveloped Countries*, editado por John H. Kautsky, John Wiley and Sons Inc., USA, 1967, pp. 146 y 147.

tores bajos de la clase media fueron atraídos, ora por la DC, ora por la izquierda. En 1970, después de sufrir varias depuraciones, era básicamente un partido residual fundado sobre lazos de patronaje urbano y burocrático.

El MAPU fue una escisión de la DC. Arrastró porciones de la infraestructura sindical rural que la DC había montado durante su gobierno, pero cuya dirección estaba en manos de un sector de la tecnocracia planificadora promovida por la DC, que con el tiempo había llegado a exhibir una exasperada inconformidad ante las concesiones del Partido a la derecha. Un sector del MAPU iba a experimentar un proceso de rápida y drástica radicalización.

Por fin, el quinto partido que integraba la UP era el API (Acción Popular Independiente), de hecho la maquinaria electoral del Senador Rafael Tarud, cuya clientela comprendía una gama desordenada de intereses localizados en la zona geográfica que representaba en el Congreso, así como una parte de la comunidad árabe que veía en el API una forma de movilidad social.

¿Cómo fue posible que una variedad aparentemente tan amplia de sectores constituyera el fenómeno de la UP? En realidad, la descripción anterior no hace justicia al peso específico de los partidos en el Frente. El PC y el PS eran los elementos que conferían a la UP su fórmula específica. El grueso estaba constituido por amplias secciones de la clase obrera sindicalizada, los sectores urbanos marginales recientemente movilizados, fracciones del campesinado, una parte de la nueva tecnocracia modernizadora radicalizada, intelectuales y artistas y la baja clase media.²² Era, pues, una masa relativamente homogénea unificada por un denominador común: la profunda inconformidad ante el fracaso de los sucesivos proyectos políticos anteriores.

La década de los 30 había testimoniado la crisis en Chile del sistema minero-exportador tradicional y, al igual que en otras naciones latinoamericanas, había presenciado la primera gran ola de movilización popular: en 1932 inclusive existió durante doce días una “república socialista”. En los 50, un acelerado proceso de urbanización provocó la segunda gran ola de movilización popular, seducida por los rasgos populistas fascistoides de una personalidad dudosa, Carlos Ibáñez, que culminó —frustradas las expectativas— en una espectacular sublevación urbana de los sectores marginales lumpenproletarizados en el otoño de 1957, que fue enérgicamente

²² En nuestra opinión, pues, un análisis objetivo de clases refuta las tesis que han pretendido ver en la Unidad Popular un “movimiento radicalizado de la pequeña burguesía”. Por lo común, estas interpretaciones se ven obligadas a recurrir a análisis “estructural-funcionalistas” que sindicán a las “burocracias” internas de los partidos con conductas “desviadas”.

reprimida. Por fin, los años 60 presenciaron el desplazamiento del eje de acumulación de capital desde las industrias tradicionales (textiles, vestido, calzado, etc.), donde predominaban la pequeña y mediana burguesías, hacia las industrias dinámicas (automotriz, electrónica, petroquímica) controladas por el gran capital nacional y extranjero. Fue este desplazamiento estructural del proceso productivo el que provocó la tercera gran ola de movilización popular, inducida por las necesidades de ampliar el mercado industrial (y aprovechada políticamente por la DC, según vimos). La izquierda chilena (PC, PS) nació a resultas de la primera ola, pero no la controló (la “república socialista” fue sólo un fenómeno epidérmico). La segunda ola sorprendió a la izquierda en un estado notable de deficiencia ideológica y organizativa (el PC estaba fuera de la ley y el PS colaboraba con el ibañismo). La tercera ola tuvo una amplitud hasta entonces desconocida; su longitud afectó capas de la población que habían estado marginadas de toda forma articulada de participación política. Fue tan extensa que tuvo dos crestas visibles: en 1964, con el triunfo de la DC; y en 1970, con la elección de Allende.

Por vez primera en su historia, Chile entró entonces a la era de la participación total. Todos los problemas en torno a la participación total en un sistema político “oligárquico” —de participación restringida— se hicieron visibles. Resultó ser un “sistema político penetrado”;²³ anómico, en el sentido que Bourricaud lo usa para referirse a un sistema político que (valga la paradoja) es “asistemático”, esto es, fragmentado en una pluralidad inconexa de “juegos políticos”,²⁴ con reglas de autoridad y legitimidad múltiples que no pueden invocar un “consenso” nacional; y, sobre todo, completamente vulnerable a las presiones económicas y expuesto a la manipulación de las élites tradicionales.

Los “cleavages” de la Unidad Popular

La discusión precedente nos ha permitido situar el contexto en que se desarrollaron las estrategias políticas de la UP. Y decimos “estrategias” en plural, porque ya al día siguiente de que Allende fuera electo, comenzaron en el seno de la izquierda chilena las discusiones sobre la naturaleza del

²³ James N. Rosenau lo define así: “A penetrated political system is one in which non-members of a national society participate directly and authoritatively through actions taken jointly with the society’s members, in either the allocation of its values or the mobilization of support on behalf of its goals”. En “Pre-Theories and Theories of Foreign Policy”, contenido en *The Scientific Study of Foreign Policy*, editado por el autor, The Free Press, Nueva York, 1971, p. 128.

²⁴ François Bourricaud, “Les règles du jeu en situation d’anomie: le cas péruvien”, en *Sociologie du Travail*, No. 3, julio-septiembre, 1967, p. 332.

proceso que iban a protagonizar. En estas discusiones es preciso incluir al MIR, aunque no formó parte de la UP. Hemos construido una dicotomía de posiciones, dejando de lado las graduaciones que solían matizarlas. Por razones puramente metodológicas, convengamos en llamar a una de ellas "posición ultrista" y a la otra "posición moderada".²⁵ Señalemos que la posición moderada fue comúnmente compartida por el PC, sectores del PS y del MAPU, el PR y el propio Allende. La posición ultrista fue manejada por el MIR, sectores del PS y del MAPU. Durante el gobierno UP, el MAPU se dividió consecuentemente en dos fracciones. Además, el ala izquierda de la DC se desgajó de nuevo, sufriendo un proceso de rápida radicalización que prácticamente lo condujo de un lado del espectro político al otro (Izquierda Cristiana). El API perdió toda importancia política.

Carácter del programa UP

La izquierda convenía en que hacia 1970 se había producido una severa crisis en el sistema de dominación tradicional. Esta crisis se expresaba en el agitado proceso de movilización popular que caracterizó el periodo final del gobierno DC y el fracaso del populismo.

Sector moderado	Sector ultrista
El sistema de dominación tiene un centro de gravedad específico. El núcleo dominante está constituido por el capital imperialista, la burguesía monopólica y los terratenientes. Las demás fracciones de la burguesía juegan un papel secundario o no tienen acceso al sistema de dominación. Un juicio superficial podría confundir esta posición con la vieja (y desacreditada) distinción entre una "burguesía nacional progresista, cuyos intereses serían respetados y aun promovidos por la UP, y una burguesía imperialista expoliadora". Es decir, apelaría a una distinción "nacionalista". Pero, en realidad esta postura descarta la posibilidad de que exista una fracción burguesa en condiciones de encabezar un	El sistema de dominación engloba a las clases imperialistas y a las burguesías nativas (industrial, financiera y agraria) en su conjunto. La creciente penetración del capital monopólico internacional en las economías dependientes ha "satelizado" las burguesías nacionales, integrándolas dentro de la estructura capitalista mundial. Si bien suelen presentarse contradicciones "secundarias" entre el imperialismo y las burguesías nativas por el reparto del excedente económico, éstas se encuentran a la vez sólidamente enlazadas cuando se trata de mantener y consolidar el sistema de explotación y dominación. Esta posición se afina en los traba-

²⁵ Estas denominaciones no deben entenderse en sentido valorativo. Las utilizamos porque han sido consagradas por la "sabiduría convencional" a la que toda investigación debe su "libra de carne". Las expresiones: "sector radical" y "sector no radical", quizás adecuadas en el idioma inglés, adquieren otra connotación en español, y por esa razón han sido descartadas.

Sector moderado	Sector ultrista
intento de desarrollo capitalista "autónomo" y "nacional". Lo que se quiere resaltar es que la espina dorsal del sistema de dominación radica en los intereses conjuntos del capital imperialista, la burguesía monopólica y los terratenientes. En consecuencia, es necesario caracterizar al "enemigo principal".	jos de A. G. Frank —tal vez el cientista social más influyente en los círculos de extrema izquierda a fines de los 60.

El programa UP era vago. Sólo 2 de sus 29 páginas trazaban el diseño de la "Nueva Economía". La economía iba a componerse de tres segmentos: el *Sector Estatal*, conformando por los recursos básicos, las empresas controladas por el capital extranjero y los monopolios nacionales; el *Sector Privado* —el Programa no especificaba más—; y el *Sector Mixto*, que combinaba capital privado y estatal (de nuevo, no especificaba más). El documento era ambiguo, aunque cabe preguntarse si, dadas las circunstancias, podía no serlo. De las famosas "40 primeras medidas", 7 se refieren a normas de probidad administrativa y política; 5, a reformas en el sistema de seguridad social; 10, a la construcción de un anticipo de "sociedad de bienestar" (alimentos y leche para los niños, becas para estudiantes, medicina barata, etc.); una, al control del alcoholismo; 5, al programa habitacional; una, a la creación del Instituto Nacional de Arte y Cultura; 2, a la reforma judicial; una, al desbande de la Brigada Móvil de Carabineros; y 8 a materias económicas tan ortodoxas como éstas: controlar los precios y prevenir la inflación, cortar vínculos con el Fondo Monetario Internacional, reducir los impuestos que afectan a ciertos alimentos, abolir el impuesto de compraventas, penalizar la especulación, no permitir más desempleo y asegurar el trabajo para todos. El programa dejaba establecida su voluntad de profundizar la RA. En realidad, era un documento circunstancial de lucha electoral, que reflejaba el grado y las ansiedades de la movilización inmediata. Lo importante no era tanto el programa como el conjunto de fuerzas políticas y sociales que movilizaba, pero quedaban abiertas las puertas para futuras discrepancias.

Sector moderado	Sector ultrista
El programa ofrece "tareas nacionales, democráticas y populares" cuya finalidad es desalojar al núcleo dominante del sistema de poder. Es, pues, un programa "revolucionario de transición".	El programa no expresa más que "la visión utópica de la pequeña burguesía", que ilusoriamente pretende "modernizar" el sistema capitalista, objetivo de todos modos imposible.

La UP y las capas medias

Sector moderado	Sector ultrista
Se pregona una <i>amplia alianza</i> con las fracciones de la pequeña y mediana burguesía y las capas medias sobre la tarea	La alianza de clases significa la renuncia a impulsar la lucha anticapitalista y socialista del proletariado.

Sector moderado	Sector ultrista
de destruir el capitalismo monopólico dependiente y desarrollar una economía de transición bajo el papel dirigente de la clase obrera. Las razones son económicas y políticas. Desde el punto de vista económico, la eliminación de la concentración monopólica privada y el dinamismo del crecimiento económico abren favorables condiciones para fracciones de la pequeña y mediana burguesía, ya que uno de los objetivos de la UP es la elevación rápida y permanente de la producción. Además, la nueva articulación de la producción y distribución en torno a un sector estatal dominante y las necesidades de elevar el ritmo de crecimiento económico exigen mantener en operación un sector privado de la economía, cuya vastedad y complejidad no es posible reemplazar bruscamente por empresas socializadas. Desde el punto de vista político, la alianza con los sectores medios refuerza a la clase obrera y aísla al enemigo.	La incorporación orgánica de la burguesía a la alianza se traduce en una política de <i>cooperación</i> de clases y de asentamiento de la dominación burguesa.

El papel del Estado durante el proceso de la UP

Sector moderado	Sector ultrista
Joan Garcés distingue entre la "forma" y el "contenido" del Estado. ²⁶ La forma que históricamente asumió el Estado burgués es la democracia liberal; pero como toda estructura, tiene un desarrollo parcialmente autónomo y coherente en lo que respecta a la legitimidad de la autoridad. En realidad, es el "contenido" de la sociedad —es decir, el régimen socioeconómico— el que define el interés del Estado. El obstáculo que enfrentan las fuerzas populares está en la estructura misma de la sociedad, en sus bases materiales, no en la superestructura institucional. En virtud del pro-	El Estado liberal democrático es el instrumento de opresión de la burguesía, cualquiera que sea el ropaje institucional con que se cubra. Por lo tanto, es necesario establecer un poder obrero y popular, organizado desde la base, de un modo autónomo e independiente, en contradicción con el Estado burgués. Se trata, pues, de organizar un poder popular, autónomo y alternativo al Estado burgués —no precisamente al Gobierno, que no se identifica necesariamente con el Estado, o sólo al Gobierno en la medida en que acepte mantener a

²⁶ Joan Garcés, *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, Siglo XXI, Argentina, Editores, S. A., 1974, pp. 64 y ss.

Sector moderado	Sector ultrista
ceso desencadenado por la UP, el Estado como estructura de dominación al servicio de una clase permanece; pero su contenido de clase se modifica por el desarrollo de la lucha de clases, abriendo una etapa en la que el proletariado adquiere los elementos indispensables para alcanzar el nivel de clase dominante. Garcés condensa el papel de la estructura institucional en 3 puntos: 1) como vía de acceso al poder político por las fuerzas revolucionarias; 2) como marco de legitimación, y 3) como marco dentro del que se ejerce la acción revolucionaria. (Este último punto revela las ventajas y las limitaciones del Estado.)	las masas en posición subordinada a la democracia burguesa.

La UP y las Fuerzas Armadas

Sector moderado	Sector ultrista
Las FFAA están históricamente identificadas con gobiernos <i>legítimos</i> , es decir, se trata de una vinculación ideológica institucional, no de clase. A objeto de sustituir esa lealtad al gobierno legítimo (que es siempre una legitimación burguesa) por la lealtad a la nueva "legitimidad revolucionaria", era necesario <i>socializar</i> a los institutos armados, integrándolos a la realidad socioeconómica y transmitiéndoles una ideología "nacional-progresista". La posibilidad de esta estrategia dependía de la sobrevivencia de la legitimidad del Gobierno y de la actitud de los sectores medios con los que las FFAA se sentían ideológicamente identificadas.	La idea del <i>poder popular alternativo</i> significa, entre otras cosas, la creación de un <i>aparato militar popular y autónomo</i> ; esto es, hablando sin embozos, la construcción de un ejército paralelo. La alianza con las FFAA no puede ser de carácter "institucional"; la alianza de la clase obrera con los militares, oficiales y soldados tiene que basarse en un programa popular y revolucionario contra la explotación patronal e imperialista.

¿DIFÍCIL CONSENSO O CAOS?

Las discrepancias sólo iban a emerger visiblemente con la crisis del primer modelo político de la UP. El programa, pese a sus deficiencias, había disfrutado del *consenso* de la izquierda, con excepción del MIR. Representaba el nivel de las aspiraciones y el grado de movilización política alcan-

zados por los nuevos sectores participantes. Pese al fracaso del proyecto demócrata-cristiano, Chile todavía vivía “la revolución de las clases medias”. Los “recién llegados” no querían participar del poder; querían participar del mercado industrial. *La vuelta de la tortilla* era ciertamente un eslogan radical, pero no significaba un anhelo de reversión de la estructura de poder, una transferencia de poder desde los centros tradicionales de autoridad a los productores directos comisionados en la forma, por ejemplo, de consejos de obreros y campesinos. *La vuelta de la tortilla* expresaba más bien una redistribución de la riqueza percibida en los términos concretos de un acceso preferente al mercado industrial: lavadoras, refrigeradores, televisores, etc. (No discutimos aquí la evidente vinculación orgánica entre la estructura de poder y la distribución de la riqueza.)

El primer modelo político de la UP se nutría del fermento de las aspiraciones provocado por el experimento demócrata-cristiano y el desplazamiento del eje de acumulación de capital hacia las industrias dinámicas. El modelo era, más o menos, el siguiente: el mejoramiento del poder de compra de los sectores urbanos y rurales —a través de la política fiscal y de inversiones del Estado, el mejoramiento del sistema de seguridad social, la formación de un sector estatal vigoroso en la Economía—, así como los estímulos derivados de un proceso inflacionario bajo control, iban a permitir la ampliación del mercado industrial y la reducción de la tasa de desempleo, aprovechando la capacidad ociosa existente. Políticamente, esto significaba beneficiar a ciertos sectores de la pequeña y mediana burguesía industrial y comercial que iban a recibir el primer impacto de la expansión del consumo (las industrias del calzado, textiles, mueblerías, cosméticos, medicinas), sectores medios profesionales y técnicos (abogados, médicos, viejas y nuevas burocracias), sectores marginales urbanos, y, desde luego, la clase obrera industrial y semiindustrial, particularmente la sindicalizada, que vería inmediatamente incrementada su capacidad de consumo. El modelo permitiría, entonces, aislar al *enemigo principal* —los monopolios nacionales y extranjeros y la gran oligarquía rural—, privándolo de sus organizaciones de base, y llevar a cabo a la vez las transformaciones que se estimaban necesarias, como la Reforma Agraria, la nacionalización del cobre y la creación de un área estatal dominante en la economía sobre la base de los recursos estratégicos y las empresas monopólicas.

Se trataba de un modelo coherente, basado en una internalización acuciosa del modo en que estaba basada la estructura de dominación en Chile, la organización económica y el nivel de las percepciones políticas de los sectores movilizados. Obviamente, correspondía a la posición moderada. Los sectores ultristas carecían de un modelo alternativo, porque ni siquiera esperaban una victoria electoral. En vez de un modelo político desarrolla-

do, que contemplase un conjunto de estrategias y tácticas coherentes en torno a las cuestiones del Estado, de las FFAA, el papel de las capas medias, las formas de movilización política y de organización social, la ordenación de la producción y de la distribución, presentaban una serie de percepciones políticas fragmentadas (cuya “verdad” no estamos discutiendo ahora) que no lograban articularse en un proyecto político concreto. Parecía, pues, evidente que sólo el modelo moderado estaba en condiciones de ser instrumentalizado.

De hecho, el modelo funcionó. El primer año de la UP arrojó un impresionante saldo a su favor: un buen crecimiento económico, reducción vertical de la tasa de desempleo, profundización de la Reforma Agraria, nacionalización del cobre, comienzo de la expropiación de los bancos, intervención de una serie importante de monopolios nacionales y extranjeros, una redistribución más favorable del ingreso. Los sectores medios, convenientemente beneficiados, prestaron su apoyo —o su neutralidad— al gobierno. Las FFAA, reclusas en sus cuarteles, parecían reacias a cualquier sugestión subversiva que las convocase a “deliberar” (lo que no significa que no existiera en su seno un dispositivo golpista en embrión). Por otro lado, las estructuras institucionales revelaron una flexibilidad insospechada para servir las nuevas tareas de gobierno. Cuantitativamente, estos hechos están demostrados por los resultados electorales de las elecciones municipales sostenidas en abril de 1972, abrumadoramente favorables al gobierno.

Sin embargo, ocurría la paradoja de que, aun cuando los sectores medios estaban siendo beneficiados, carecían de una representación orgánica en la “Alianza”. Tanto sectores de la UP como de la DC se oponían a una incorporación de la DC al gobierno. Las fracciones que apoyaban dicha inclusión se vieron políticamente aisladas. Esto probaría ser un error y una inconsecuencia con el modelo que se estaba poniendo en práctica, porque significaba de hecho que las capas medias recibían beneficios sin que debieran compartir las responsabilidades que tal política debía a la larga entrañar. Así, se dieron las condiciones para que la facción derechista de la DC no sólo no fuera excluida de posiciones de poder sino que, a la inversa, pudiera acumular fuerzas y adquirir preponderancia a medida que la situación política se deteriorara en detrimento de la UP. El teórico demócrata-cristiano, Claudio Orrego, expuso con precisión la situación a fines de 1971 cuando presentó la primera estrategia de oposición de las derechas bajo la sugestiva inspiración de lo que llamó “las tácticas de los mariscales rusos”. Había que permitir al enemigo, decía, introducirse en nuestro territorio, no importa cuán profundo fuese el avance, sin presentar resistencia, retirándose; ya llegaría el “invierno ruso”, agotando al enemigo, y surgirían las condiciones para su derrota

definitiva. La “estrategia de los mariscales rusos” pintaba con meridiana transparencia el cuadro: el avance del enemigo aludía a los éxitos de la UP en el campo económico; la sugerencia de la retirada significaba que la DC no debía incorporarse a la Alianza (este aspecto era crucial). Por fin, el “invierno ruso” era premonitorio de las dificultades que la UP debería afrontar, sin haber logrado ampliar su infraestructura política con acuerdos formales con quienes expresaban los intereses de los sectores medios y ciertas capas marginales urbanas y rurales.

Y el invierno ruso llegó. A mediados de 1972, el modelo estaba ya agotado. No era posible contar más con la ampliación de las capacidades industriales existentes. Además, la burguesía disfrutaba de un gran excedente económico constituido por las ganancias no reinvertidas, con las que se había lanzado en gran escala al acaparamiento de bienes y a la especulación de precios, dando origen al mercado negro. Por otra parte, la redistribución del ingreso tendía a acelerar aún más las presiones inflacionarias. El deterioro de la situación económica empezaba a fustigar los estilos de vida de los sectores medios. El pequeño comercio e industria, y parte de las burguesías medianas son fácil presa del capital especulativo, que llega a adquirir dimensiones inverosímiles. Pese a las políticas de reajuste de sueldos y salarios, las burocracias, los empleados particulares, técnicos y profesionales son severamente afectados por el nuevo giro de los acontecimientos. La DC, expresión política de estos sectores —y consolidadas en su liderazgo las posiciones de derecha, que nunca fueron desafiadas— se suma francamente a la oposición, permitiéndole de este modo construir un movimiento de masas amplio, que utiliza los colegios profesionales, los gremios que expresan los intereses de la pequeña y mediana burguesía, y la infraestructura sindical urbana y rural readeuada y controlada por la DC. La estrategia ofensiva de la derecha está ya afinada: en octubre, está en condiciones de preparar el ensayo general del golpe de estado. Sus objetivos tácticos se dirigen a disputar palmo a palmo los ladrillos con que la UP construyera su arquitectura política: se trata de crear un movimiento de masas de derecha y de recuperar para sí el mito de la legitimidad. La política de “desestabilización” propugnada por Kissinger y la CIA encuentra un terreno abonado.²⁷ Los sectores progresistas de la DC se ven definitivamente aislados y, prácticamente, no volverán a jugar ningún papel en el futuro.

Así, pues, el primer modelo zozobraría víctima de las inconsecuencias producidas durante su ejecución. El modelo había dependido de una delicada articulación de sus mecanismos. Aunque la política económica del

²⁷ Ver Congreso de los Estados Unidos *Informe Church sobre las actividades de la CIA*, 1975.

modelo —política que no fue cuestionada entonces en sus rasgos generales por ninguno de los miembros de la UP— había inicialmente beneficiado a los sectores medios, ningún acuerdo político se había concluido con las entidades que los articulaban. (La anomalía de esta situación se hace patente si se recuerda que los beneficios económicos están normalmente subordinados a acuerdos concertados políticamente.)

Ante las características que asumía la ofensiva de la derecha, la UP formuló, en octubre de 1972 y luego en junio de 1973, dos vastas movilizaciones de la clase obrera industrial, semiindustrial y artesanal que habrían de ampliar aún más la profundidad del conflicto, aniquilando definitivamente —en particular en junio del 73— las posibilidades de lograr un entendimiento con los sectores medios. En efecto, debe tenerse presente que sólo el 18% de la fuerza de trabajo estaba incorporado al sector “moderno” (monopólico, imperialista, definido por el programa como el “enemigo principal”) mientras que el 25% restante estaba empleado en actividades “tradicionales” o “primitivas” (pequeños y medianos empresarios, formas precapitalistas de producción), es decir, el sector que la UP había querido cooptar, o, al menos, neutralizar.

¿Significaba eso que se iba a poner ahora en práctica el modelo alternativo de los sectores “ultristas”? Tal modelo no existía. Las posiciones “ultristas” estaban dotadas de un conjunto de percepciones políticas que no lograban articular un modelo coherente y acabado. Durante la aplicación del primer modelo había existido consenso en la UP. Tanto el sector ultrista como el moderado coexistieron pacíficamente; las discrepancias emergieron como una de las consecuencias de la crisis del primer modelo. Empezaron en el seno de la UP debates agrios, mientras la derecha desmantelaba minuciosamente el proyecto político que aquélla lograra implementar. La UP había sabido emplear en su favor la movilización política de vastos sectores populares, aislando las facciones sediciosas. Ahora, también la derecha iba a usar la movilización política de las capas medias y sectores urbanos y rurales crecientemente ganadas a su favor por el descontento ante la situación económica.

En la izquierda comenzaron, pues, los debates que reflejaban las viejas divisiones. La disputa entre ambas concepciones paralizó estratégicamente y tácticamente a la UP, dividió su dirección y sus cuadros, disipó sus energías en discusiones verbales y estériles. El sector “moderado”, adherido aún al primer modelo —que cada vez más aceleradamente perdía vigencia—, era partidario de subsanar sus defectos, incorporando orgánicamente a la DC a la alianza. En los instantes finales, hasta pareció dispuesto a una retirada estratégica. El sector “ultrista” predicaba la necesidad de una rearticulación estratégica, pero era incapaz de proyectar un modelo coherente que

abordase todos los problemas que la nueva situación política exhibía: crecientes dificultades en el campo económico que incluían un bloqueo financiero internacional; progresiva fascistización de las clases medias; movimientos inquietantes en el seno de las FFAA; recuperación del control dc sobre una parte de los sectores marginales urbanos, parte del campesinado y de la clase obrera industrial; graves actos de terrorismo y sabotaje económico; una ofensiva de las instancias institucionales contra la legitimidad del gobierno, y otros no menos importantes pero sí menos notorios. Pero, sobre todo, los sectores ultristas eran incapaces de llevar a cabo el elemento maestro de su estrategia: el poder popular armado.

Ya forma parte de la "sabiduría convencional" atribuir el fracaso de la experiencia UP a la aplicación cegada de un modelo "revisionista", "reformista", "pequeño-burgués" —o la adjetivación que se quiera emplear. Muy al contrario, nuestra tesis central es que el golpe de estado sorprendió en 1973 a la UP privada de cualquier modelo político, y desprovista de la mínima capacidad de maniobra política (ni para avanzar, como pretendía el sector "ultrista", ni para consolidar, como querían los "moderados"). Los sectores de la izquierda se impregnaron de tanto resentimiento y desconfianza que desarticularon a la Unidad Popular y le impidieron formular (y ejecutar) cualquier modelo operativo, en los mismos instantes en que la derecha lograba trasmontar sus propias divisiones y cerrar filas en torno a un proyecto político unitario. Al fin de sus días, la UP era, gráficamente, un ejército acosado por el enemigo, exhausto en luchas intestinas, bajo el mando de múltiples generales que obraban sin concierto entre sí y carentes de una visión estratégica global, y cuyas órdenes eran además alteradas notoriamente en el proceso de ejecución. No pluralismo, sino fragmentación; no multimodelos, sino caos. En ese estado sorprendió el 11 de septiembre de 1973 a la Unidad Popular.

POSTSCRIPTUM: ¿Y QUÉ LE PASÓ A LA CLASE MEDIA?

Si la clase media chilena soñaba con un nuevo capítulo de la "revolución de las expectativas", las rígidas políticas económicas y monetaristas de la Junta Militar pusieron pronto fin a esas ilusiones. Las instancias típicas de promoción y coordinación de los intereses de los sectores medios han sido severamente afectadas por las medidas del gobierno. En primer término, los partidos políticos, que habían constituido los canales habituales por donde fracciones de las clases medias lograban articular parte de sus intereses y adquirir cierta movilidad de estatus, están legalmente "en receso" (cuando no disueltos). En segundo lugar, el liberalismo a lo

"Chicago", que reduce considerablemente el papel del sector público en la actividad económica, afecta de raíz las posibilidades de ampliación de las capas medias, tan profundamente dependientes, según observamos, del dinamismo de las prácticas del Estado. Hechos como el desmantelamiento de las empresas del Estado constituyen casi un acto de terrorismo económico contra la clase media, que experimenta, en consecuencia, un proceso de profunda depresión, quedando a la merced del capital especulativo y monopólico. Es significativo, después de todo, que haya sido la venta de una serie de empresas estatales la circunstancia que empujara a Frei, líder de la DC, a formular la primera crítica abierta contra la Junta Militar.

Excluida rotundamente de los ejes de acumulación de capital, clavada en un rígido sistema de estratificación social basado en la alianza de la oligarquía militar burocrática con el gran capital monopólico y especulativo, donde todas las formas de promoción y ampliación de sus intereses se han esfumado, el destino de las clases medias parece sombrío e incierto, por decir lo menos. ¿El *Chile-de clase media-en el limbo* es acaso un sueño irrealizable?